

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

A NUESTROS LECTORES.

El número de GIL BLAS que se publicará el domingo próximo, víspera de Noche-Buena, va á tener tres bemoles y medio.

En celebridad del nacimiento del Niño-Dios, ceden ese día los actuales redactores de este periódico sus puestos á una nueva redaccion compuesta de niños de ambos sexos, que escriben y dibujan de lo lindo.

Ofrecen dos planas de caricaturas sobre la Noche-Buena, los teatros, los actuales redactores de GIL BLAS, el Sarao y la soirée y otros asuntos de actualidad.

Las secciones del periódico quedan distribuidas en esta forma:

Lo que corre por ahí, que escribe el Sr. Rivera, estará ese día á cargo de PEPITO CANELA, de diez años de edad; tan travieso, que es capaz de atar un chocolatero al rabo de un perro rabioso.

Teatros.—El Sr. Balart entrega su pluma á la niña EDUVIGIS, muy amiga de teatros y de caramelos, y que, á pesar de sus cortos años, asegura tener formada su opinion sobre nuestras actrices. Lo dudamos.

Versos.—El Sr. Palacio será sustituido por el niño Paquito Palomo, nacido en Lavapiés y criado en el barrio de las Maravillas. Actualmente vende sombreros viejos en el Rastro por el día, y contraseñas en los Bufos por la noche. Este *perdis* se ha propuesto no respetar á nadie, ni al Sr. Palacio. ¡Quiera Dios que no meta la pata!

Murmillos.—Blas Perez cede su puesto á la MARQUESITA DEL BIOMBO, acostumbrada á la vida de los salones y á rozarse con notabilidades de todos calibres. Esta niña tiene doce años, hace comedias en casa de un duque y se acuesta á las seis de la mañana. Habla mucho y mal.

Cabos sueltos.—Para esta seccion se han juntado cinco niños que se recomiendan por su inocencia á la amabilidad del fiscal de imprenta.

Caricaturas.—Dos dibujantes imberbes han suplicado al Sr. Ortego les ceda su seccion en ese número. ¿Tendrán conciencia de lo que van á hacer? Verá Vd., verá Vd. cómo los chiquillos se nos suben ese día á las barbas.

¡Y ofrecen nada ménos que dos planas de caricaturas!... ¡Aprieta, hijo!

La redaccion de GIL BLAS se lava las manos, y suplica á los lectores tengan en cuenta los pocos años de los nuevos redactores, y disimulen cualquiera indiscrecion.

Hecho el anterior programa solo nos resta advertir á los vendedores de provincias, que si desean mayor número de ejemplares ese día, se servirán dar aviso anticipado, pues una vez hecha la tirada no podrán remitirse más números, por ser de litografía.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Hacia ya algunos días que la prensa no se ocupaba en reseñar las consecuencias de un viaje en ferro-carril por España. Un extranjero hubiera podido creer que aquí se viajaba ya lo mismo que en otra parte, y nosotros nos encontrábamos como aquel á quien le falta algo de lo que está acostumbrado á experimentar.

Una semana entera sin un descarrilamiento, es cosa insufrible; y de este triste estado nos han venido á sacar los periódicos. Es verdad que no ha descarrilado ningún tren—quizá no podamos decir lo mismo mañana—pero

en la estacion de Daimiel la gente se dejó sorprender por una locomotora, y ha habido lo de costumbre.

Consolado ya por esta parte nuestro amor propio, continuemos tranquilos la tarea de cronista, despues de enviar nuestro saludo al ferro-carril, que ha hecho todo lo posible por no dejarnos mal.

La culpa, segun los periódicos, la tienen en primer lugar la niebla, y despues la aglomeracion de gente.

Como la señora niebla se ha venido á Madrid sin temor alguno, justo es que entablemos plática con ella y la pidamos razon de su mal proceder.

—Señora niebla, pase Vd. adelante.

—Señor mio, aquí me tiene Vd. á sus órdenes.

—No la quisiera á Vd. tan cerca, porque no veo.

—De eso se trata.

—¿A qué viene Vd. á Madrid?

—A dar un paseito. Se acerca la Navidad, y vengo á por el pavo.

—¡Hola, hola! ¿Conque Vd. come?

—Siempre. He tendido mi manto sobre las calles y espero la salida de los cuerpos bonitos para darles un abrazo. Mi imperio dura poco, porque mi enemigo el sol es muy cuco, y tiene particular predileccion á estos países. El resto del año lo paso con mil trabajos: como soy eterna no tengo *principio ni postre*... figúrese Vd. las hambres que pasaré.

—¿Conque tan vieja es Vd.?

—¡Ah, si señor! Desde Adán hasta Noé, desde Cromwel hasta Arderius, ninguno se ha visto libre de mi influencia. Yo soy el luto de la humanidad y riego con mi llanto los senos que acaricio.

Confieso á Vds., que estas palabras de la niebla me causaron gran efecto. Yo no la quiero mal, y le estoy por el contrario muy agradecido desde que me han contado varios amigos que su presencia irrita los reumatismos de varias suegras apreciables.

¿Qué es la niebla en Madrid? Una tristeza más, una oscuridad casi necesaria hoy que mucha gente procura no ser vista de sus acreedores.

En todos los grandes momentos históricos parece que la naturaleza se complace en derramar sobre el mundo alguna de sus gracias.

Yo no sé si comeré pavo estas Pascuas, pero si mi fortuna me permitiera este desahogo, prometo convidar á la niebla y brindar por ella á los postres.

Aunque bien mirado, poco puede importarle la aficion de un prójimo que si hasta aquí habia creído valer algo en el mundo, desde que ha leído la descripcion que hace un revistero de la reunion habida en los salones de la condesa de Velle, está plenamente conveacido de su insignificancia.

¡Ah, no somos nada! ha dicho un filósofo.

Hoy comprendo esta verdad amarga y la lloro con lágrimas como bellotas del Pardo.

En los salones de la condesa de Velle, segun el revistero citado, estuvieron reunidas *todas las notabilidades de la aristocracia, del talento y de la juventud*.

Yo tenia alguna idea de las notabilidades de la aristocracia, y no estoy en el caso de decir qué clase de idea era esta; tambien se me alcanzaba algo de lo que por ahí llaman notabilidades del talento, bien es verdad que mis noticias difieren algo en este punto de las que tiene el revistero, si hemos de juzgar por las treinta líneas de nombres propios que tan graciosamente nos ensarta; pero las notabilidades de la juventud...

(Permítanme Vds. que tome aliento, porque el párrafo se iba haciendo tan largo como la lista de los convidados.)

Quedamos en las notabilidades de la juventud, y como

yo no asistí á la reunion donde acudieron todas las notabilidades, héme aquí relegado por la pluma de un revistero á la vulgaridad... más vulgar.

¡Ah, no ser siquiera una notabilidad jóven!... ¡Lo dicho, no somos nada!

Ya estaba á punto de engolfarme en un mar de pensamientos amargos, cuando la Providencia, vestida de barbero y con la navaja en la mano, me vino á sacar de tan penoso estado.

—Consuélese Vd., me dijo mi barbero; yo tampoco estuve, y soy una notabilidad de la juventud; tengo 15 años, ignoro lo que es estar enfermo, y dijero piedras. Si hay otro más notable por su juventud, que se me presente.

—Tú eres jóven, le dije, pero jóven como cualquiera que tenga salud y pocos años, eso no basta por lo visto para ser una notabilidad de la juventud. Para llegar á esa envidiable situacion que te haga notable en los salones y en los periódicos, necesitas algo que te falta... por ejemplo, necesitas ser cuando ménos un jóven que parezca viejo, ó un viejo que parezca pollo.

¡Las notabilidades de la juventud! Dentro de poco nos dirán los periódicos: A la reunion del conde X. asistieron las notabilidades de la ancianidad, de las mujeres gordas, de los bigotes rubios y de las señoras con ojeras.

Ahora me acuerdo del chiste de Blasco en una de sus comedias, con ocasion de ser presentado en una casa un oficial de infanteria.

—Señora, tengo el honor de presentar á Vd. á uno de nuestros primeros subtenientes.

Luis Rivera.

DON JUDAS.

La humanidad puede entregarse tranquilamente al reposo.

Los tomadores del dos pueden con toda confianza dedicarse á su profesion.

El comercio no tiene ya nada que temer.

D. Judas ha muerto.

Hace algunas noches que los vecinos de la calle de la Esperancilla oyeron en un sotabanco ruido de napoleones; vieron por la rendija de la puerta un hombre que aprovechaba su último suspiro para apagar la luz, y acompañaron con una carcajada interior el solitario viaje á lo desconocido, de un cuerpo que por lo sucio hubiera podido ser cuerpo... de guardia.

Aquella carcajada fué la oracion fúnebre de D. Judas.

Luego se esparció por el aposento un fuerte olor á anisado; roció el portero con vinagre las paredes; entraron unos cuantos hombres andrajosos; volvieron á salir con un bulto largo y estrecho como dos cajas de violin añadidas, y todo quedó de nuevo en soledad y sombra.

Al día siguiente, el *Diario de Avisos* tuvo el atrevimiento de decir:

«D. Judas Sacristan y Verdugo, tres veces benemérito de la patria, condecorado con la cruz de los Sitios... intransitables; comendador de la orden griega de la Garduña sensible; alcaide perpétuo de Ronda, y miembro de la sociedad protectora de los animales, ha fallecido.

Sus parientes, amigos y testamentarios suplican á usted, etc., etc.»

Un periódico de artes y otro de modas se hicieron lenguas en alabanza del difunto, apasionado, segun ellos, de los pintores y de las modistas, y hasta hubo quien inició la idea de levantarle una estatua que debería colocarse en la plazuela del Humilladero ó en las eras del Mico.

Despues, la capa sin embozos del olvido cayó sobre

aquel nombre tantas veces ilustre, y hasta su misteriosa morada, primer obstáculo con que tropezaba el sol al asomar las narices á la tierra, ha pasado á otras manos, cuyo destino y ocupacion se desprenden de este pintoresco rótulo colocado en la puerta: *Milagros, planchadora de fino.*

D. Judas no es un mito.

Pertenece á la humanidad, de la que fué el azote; al país, sobre el que vivió largos años; á las letras, que falsificó más de una vez con un candor y una maestría de que la historia ofrece repetidos ejemplos.

Como todos los grandes hombres, como Colon, como el Españolito, como Cervantes, se ignora á punto fijo el lugar de su cuna. Hablando, parecia catalán; discurrendo, vizcaino; murmurando, español. Habia vivido en Lugo y en las Chafarinas; en Albacete y en Laredo; en Jerez y en Logroño; entendia algo del pote y los trabajos forzados; de probar el temple á las navajas y pescar el atún; de hacer vino viejo con mosto nuevo, y de preparar los pimientos en conserva hasta el punto de darles la forma y el tamaño de gorros frigios.

En Lugo, se dedicó al estudio y la explotación de las antigüedades, siendo su casa un taller de donde brotaban á docenas mosaicos y vasijas, que hubieran hecho la delicia de Amador de los Rios.

En Chafarinas inventó una nueva industria, reducida á extraer azúcar del carbon de piedra, por medio de combinaciones matemáticas, mucho más sencillas que la lengua universal de Sotos Ochando.

En Albacete estableció un molino con diez piedras de chispa, que andaban á fuerza de oraciones, como las comedias de Eschich.

En Laredo fundó una cofradía para pescar conciencias, con caña dulce.

En Jerez vendió una bota de las dos que gastaba á un zapatero inglés que ya se habia bebido algunas; y por último, se hizo rico en Logroño con una edición del *Hombre de los tres calzones*, traducido en verso por un exclaustro.

Cuando yo conocí á D. Judas, acababa él de llegar á Madrid. Venia de dar un paseo por Europa, habiéndose detenido algunos meses en Londres, donde no pudo lograr su deseo de ingresar en la Orden de la *Jarra en tierra*, pero donde adquirió la costumbre de bañarse todos los días, gracias á lo cual los mozos de la fonda le llamaban á boca llena caballero del Baño.

Llegó, como digo, á Madrid, y tomó para él solo una casa de huéspedes, con cuanto en ella habia, escepto la patrona, que no se resignó á ser para él solo.

Apenas instalado en su casa, y con objeto de adquirir relaciones en poco tiempo con lo más florido de la corte, se hizo anunciar en los periódicos como prestamista sobre alhajas y ropas hechas. No hay para qué decir que con este motivo recibia diariamente, y que sus salones estaban siempre llenos de una sociedad cuyas prendas conocia él mejor que nadie.

Célebre ya como prestamista, nada más fácil que adquirir celebridad como banquero. La fortuna le ayudó en esto como en todo. Un capitalista estaba á punto de arruinarse: D. Judas le prestó su apoyo, y algunos miles de duros al 10 por 100 mensual; el capitalista se rehizo en algunos meses, y D. Judas dobló su dinero; los hombres honrados batieron palmas de alegría, y en los círculos financieros no faltó quien se lamentara de la escasez con que se distribuian las cruces de Beneficencia.

Hasta esta fecha no habia sido amado D. Judas; este lance fué para él un manantial inagotable de conquistas. Su facha, que hasta entonces habia parecido vulgar, se ennobleció hasta la altura del heroismo; su conversacion llegó hasta parecer seductora y amena, y ¡oh fragilidad de la humana especie! dos ó tres reyes de armas y pintores heráldicos se apresuraron á ofrecerle lo que ellos llaman sus servicios.

¿Cómo se desplomó este coloso?

Preguntad al Sol cómo deshace las montañas de nieve, cómo rueda el alud desde la sierra, cómo cae el águila desde las nubes. Un rayo de luz, un soplo de viento, un pedazo de plomo bastan para producir este fenómeno.

La luz de unos ojos, el viento de unos suspiros, el plomo de una pasión precipitaron á D. Judas de la cima al abismo, de la opulencia á la nada, de la gloria al oprobio. La falsedad de una mujer justificó para él todas las falsedades, desde la de la edad á la del domicilio, desde la de la firma á la de la moneda.

Prófugo mucho tiempo oculto más tarde, perseguido

y acosado siempre, D. Judas se hizo avaro cuando nada tenia ya que guardar, como muchos se hacen ambiciosos cuando no tienen nada que pedir, ó académicos cuando nada pueden hacer.

Sus diez últimos napoleones han sido hallados esta mañana debajo de un ladrillo, y ellos serán el dote de la pobre Milagros, que solo ha hecho uno hasta ahora, pero verdadero; el de conservarse buena y honrada, á pesar de ser pobre, y lo que es más, planchadora de fino.

Podrá haber quien, á pesar de esto, dude de la existencia de D. Judas: al que así lo haga, me ofrezco á presentarle en Madrid todos sus hijos naturales, que son muchos, y que viven lo mismo que él. El arte y la historia sagrada tienen una desesperación de Judas; la sociedad en cambio tiene varios Judas que son su desesperación.

M. del Palacio.

LO QUE DECIMOS AL ACOSTARNOS.

Durante el día, cada individuo piensa en su trabajo, en sus diversiones, en sus negocios.

La población parece una jaula de locos. Nos cruzamos por las calles y apenas podemos detenernos á contemplar lo que más nos agrada ó incomoda.

Uno cobra, otro paga, aquel vuelve con los bolsillos vacíos y la cabeza llena de viento, éste espera algo, uno que come, otro que enamora, quien se rie, quien rabia, ya un piropo á la modista que pasa, ya un saludo al que va por la acera de enfrente, ya un palo al que se distrae...

En una palabra, la vida es una agitación perpétua, el mundo un gallinero, y los hombres unos locos.

Pero viene la noche, y cesa poco á poco el ruido. Se anda menos, se habla menos, se cobra menos; y todos, al retirarnos á casa, solemos meter la mano en el bolsillo y exclamar:

—Pues señor, bonito día: llevaba tres duros, y me vuelvo tan serio con dos pesetas. ¿En qué demonios habré gastado el dinero?

Después de un ratito de amable conversacion con la esposa, la mamá, la patrona ó el huésped, nos dirigimos santamente á la dulce cama que en este tiempo suele estar fria.

Empezamos á despojarnos de nuestras galas ó nuestros harapos, y aquí da principio este artículo.

Un poquito de atención:

La viuda.

Vamos á la cama.... ¡Ah! la sombra de un hombre es la tranquilidad de la casa. ¡Canastos! me parece que me corre una pulga por la espalda... A ver si la atrapo.... Imposible. Ya se me escapó. Es natural, como estoy sola hasta las pulgas abusan de mi situación. (*Metiéndose en la cama.*) ¡Huy que frío! Parece que están mojadas las sábanas. ¿Cuándo entrará en calor esta noche? ¡Ya, ya, tardécito será! Por la señal de la santa cruz... ¡Aaah! tengo sueño... Esta noche no ha venido á verme D. Agapito, el cajero de la sociedad anónima *La Regalada*... Dice que tiene 20.000 rs. de sueldo... No es mal bocado. Me parece que esta cama va á pertenecer legítimamente á D. Agapito... (*Se queda dormida.*)

Un estudiante.

—Muchacha, tráeme un vaso de agua.
—¿Pues no se va Vd. á acostar?
—Pues por eso. Yo soy de Sevilla, ¿estás? y allí me acostumbraron á beber todas las noches un vaso de agua antes de acostarme. Es muy higiénico ¿oyes tú?
—Aquí tiene Vd. el agua.
—¡Bendita seas tú, y tu madre, y el cura que te puso la sal!
—Ea, ya empieza Vd. como todas las noches.
—No seas arisca.
—Beba Vd., que me voy.
—Deja ahí encima el agua. Así te dejaras tú también.
—Me espera la cama.
—Y á mí... pero ¿te parece á tí que dormir solo en este tiempo es cristiano?
—Que me voy.
—Atiende.
—Buenas noches.
—Ya se fué la grandísima... Pues señor, echemos un cigarro y á dormir. Mañana, si cobro la mesada, la compraré algo á esa criada, á ver si se humaniza.

Un viejo alegre.

Colguemos aquí la peluquita, de este clavo. ¡Ajaja! Aquí, sobre la mesilla de noche la caja de dientes, que para dormir no hacen falta. Ah, ¿pues no iba á acostarme con las gafas? Ahora calentemos la cama...

¿Quién me verá á mí?
Tan compuesta y emperequilada
salir por...

(*Interrumpiendo el canto.*) ¡Qué jaleo traen esta noche los vecinos de arriba!... Pues no meten poco ruido... Renirán, el marido es jugador, y ahora está cesante. Donde no hay harina... Para eso vale más estar solterito. (*Se pone el gorro de noche y desaparece entre las sábanas.*)

Un cómico.

Esta noche no me he equivocado más que una vez: es verdad que el público lo cogió y me atizó un meneo... El apuntador tiene la culpa. Baja la voz por miedo al público... ¡Cobardel! Pues señor, bueno; un meneito, y la empresa está en quiebra. Voy á repasar el papel, pero si se hielan las manos fuera de la cama... Por la mañana estudiaré!

Un matrimonio.

—Echate para allá.
—Pero, hombre, si estoy pegada á la pared.
—Tengo ganas de ahorrarme algún dinero para comprar una cama como la plaza de toros.
—¡Una cama! Para comer lo quisieras tú... Mañana vendrá el casero...
—Ojalá no amaneciera nunca.
—¡Ay, ojalá!

Un marqués.

Hace dos días que no veo á mi mujer y tengo necesidad de preguntarle una cosa. ¡Ramon!
—¿Señorito!
—¿Y la señora marquesa, está ya acostada?
—No ha venido aun.
—Dila cuando venga que mañana necesito verla, y pásame recado cuando esté en disposición de recibirme.

Un silbante.

Esta cama está tísica... Con una manta sin pelo cree la patrona que se puede dormir en estos tiempos... ¡Ah, si yo no la debiera dinero, como la daría la desazon!... ¡Paciencia! Echaré la capa, los pantalones, la levita, el chaleco, y hasta las botas. Mejor sería acostarme vestido... pero tengo miedo á los bichos. El catre está desvencijado y tiene en el centro una cinta tirante que me parte el cuerpo. ¡Paciencia! El día que juegue á la lotería y me toque va á ser ella...

Un fosforero.

Hoy he ganado dos reales, y me he comido una peseta. A este paso, haré pronto bancarrota. Mañana voy á ver si me colocan en alguna oficina.

Un joven de 25 años.

Cómo me miraba... Sus ojos no se han apartado de mí en toda la noche... Cuando bailábamos, me parecia sentir su mano apretando la mía... ¡Adorada Julia, cuánto te amo! Por tí lo olvido todo. Voy á soñar con ella.

Un pobre.

Esto de dormir en el suelo... Sino fuera porque está uno ya acostumbrado... El día que tenga yo mi catre y un par de sábanas, seré feliz, sí señor, muy feliz... ¡Aaaa! Estoy rendido, ¡qué sueño más rico me espera! (*Ronca.*)

El avaro.

¿Eh? ¿Quién anda ahí? Es el aire. No sosiego ni duermo... Todo está cerrado, el dinero en mi cabecera, y sin embargo, no puedo dormir. Siento ruido... No, es la polilla en esa puerta... ¿Qué hora será? Las tres, y todavía no he podido conciliar el sueño. Me parece escuchar... ¡Nadie! ¿Y el dinero? Aquí está. Bueno es estar alerta, hay tantos ladrones... Pues señor, hasta que sea de día no podré atrapar el sueño. Leeremos entre tanto *La Correspondencia*. (*Leyendo.*) «Anoche robaron en la calle...» —¿No lo dije? Hay que andar con cien ojos. Voy á ver si tengo completo mi dinero. ¿Quién piensa ya en dormir?

Luis Rivera.

Al empezar la tirada litográfica, se ha roto la piedra y nos encontramos á última hora sin dibujo para este número.

En otro nos desquitaremos.

MURMULLOS.

La cosa es grave.

—¿No se acuerdan Vds. de la danza de las estrellas en la noche del 13 de diciembre?

—Sí, señor, ¿pero eso...?

—¿Y no saben Vds. que en Asturias se ha presentado hace poco una nube, la cual después de dar un paseito por el éther, reventó como arpa vieja produciendo un estruendo espantoso?

—Bien, ¿pero qué...?

—¡Insensatos! Ignoran Vds. que en varios puntos de España y del resto de Europa, y hasta en América, han caído aerolitos?

—Corriente, ¿pero todo eso qué quiere decir?

—Si yo supiera la astronomía que sabe el Padre Sanchez se lo explicaría á Vds.: en mi ignorancia solo puedo añadir que de téjas arriba pasa algo extraordinario.

Pero ¡oh fortuna! Un diario francés me trae la clave de este misterio.

«El mariscal Bazaine ha enviado á París, para que figure en la próxima Exposición, un magnífico aerolito que cayó en Méjico hace poco.»

Por otra parte anuncia un sábio español—no se asombren Vds.—que los últimos aerolitos son estrellas erráticas que ara viajar de incógnito se han petrificado.

Todo se explica.

Una idea se me ocurre. Si el juzgado de la Exposición premia el aerolito del mariscal Bazaine, ¿á quién se adjudicará la medalla?

Si se comete una injusticia, el año que viene hablarán las piedras.

UNA CONQUISTA.

(Continuación.)

—¿Se puede saber qué es lo que tienes hoy, que no paras de dar vueltas?—le preguntó Julian P***, uno de sus compañeros de pupilage, un extremeño más tuno que un granuja de la calle de Toledo y más ladino que un prestamista.

—¡Nada!—respondió Isidoro,—estoy arreglando un poco la ropa.

—¿Tienes miedo de que te la coma la polilla?

—No, pero me han convidado esta noche para una tertulia...

—¿A duo?

Isidoro se ruborizó hasta los orejas.

—No, es de veras, es á un baile.

—¿En casa de quién?

—No recuerdo el nombre.

—¡Ya! y por eso vas á ponerte de veinticinco alfileres. ¿Es muy lejos, Isidoro?

—Ahí cerca, en la calle Ancha de San Bernardo.

¿Con qué impaciencia esperaba Isidoro que dieran las ocho y media!

La lentitud con que se deslizaban las agujas de un relojillo de sobremesa que había en la desvencijada consola de su cuarto le parecía insoportable.

Por fin, la negra noche tendió sobre la tierra su pavoroso manto, que á Isidoro le pareció de cachemira bordado de perlas, y los alumbradores de la coronada villa empezaron á encender los faroles de gas.

¡Ya era tiempo!

Isidoro no hubiera podido sufrir por más horas la dulce agonía, los precipitados latidos de su impaciente corazón.

Mientras se vestía con toda la pulcritud que tan supremas circunstancias demandaban, una maldita gota de hiel vino á caer de repente en el sabroso cáliz de su ventura.

Isidoro tentó el bolsillo del chaleco y se acordó que no andaba muy sobrado de cuartos.

El vapor *Dandolo*, cansado de esperar al emperador de Méjico, se dirige hácia Europa. Créese que S. M. imperial no tendrá al fin y al cabo más remedio que embarcarse en el *Dejandolo*, uno de los vapores más ligeros que se conocen en el día.

Pues señor, ya parece que está arreglado el Conservatorio.

En lo sucesivo tendrá tres directores: uno de música, otro de declamación y otro de declamación aplicada al canto español.

Además el director general. Después habrá una biblioteca dramática, y puede ser que también se forme otra musical.

Los maestros, en vez de contar cuentos á los discípulos ó hablarles de sus triunfos, les enseñarán lo que sepan. Habrá funciones mensuales.

En la admisión de los alumnos se observará el mayor rigor. Entre otras cosas, se les exigirá que sepan leer y escribir.

Como se vé, después de todo no faltan más que alumnos con disposiciones para el canto ó la declamación; pero éstos pueden presentarse el día ménos pensado.

En el teatro de Jovellanos no ha gustado *La cuerda templada*.

Verdad es que aparte de todo la comedia vale poco. Su autor debe estar convencido de que á veces es más pesada una *cuerda* que una *cadena*.

¿No hay duda, progresamos!

Gracias á un papelito que se cuele estos días por debajo de las puertas, sabe uno, sin moverse de su casa, que en una de la calle de la Montera hay preparados 500.000 reales... para prestarlos sobre toda clase de alhajas.

Pero no es esto todo: antes tenía Vd. que ir de tapadillo á empeñar su reloj, y si no iba Vd. de tapadillo, tenía Vd. que subir una escalera, tirar el cordón de una campanilla, esperar turno, y qué se yo cuantas cosas.

—¿Y quién sabe lo que podrá ocurrir?—se dijo.

Un amante sin dinero es en todos los países del mundo un hombre al agua.

Además, tampoco tenía armas ofensivas, é Isidoro sabía que hombre prevenido vale por dos.

Providencialmente, Julian P*** no había salido. Nuestro héroe corrió á su cuarto.

—Escucha, Julian, ¿tienes dinero?—le preguntó.

—¿Por qué?

—Si pudieras prestarme tres ó cuatro napoleones....

—¡Imposible, chico! no tengo más que veintiocho reales; pero si los necesitas indispensablemente, pásate por el café y pídeselos á Pepe de mi parte.

—¿Y me los dará?

—Sí, yo tengo allí cuenta.

—Pues te lo agradezco... Mira, ¿si quisieras prestarme también tus pistolas de bolsillo...

—¡Calla!... ¿tienes algun lance?

—No, pero quizás vuelva tarde.

—¿Y temes que te roben los cuatro napoleones!...

—¿Y qué tendria de particular? Hay tanto ratero en esté Madrid...

Hace cuatro años que estoy aquí y nunca me he encontrado á ninguno. Pero en fin, tómalas.

Julian se agachó para abrir un baul.

—Pues chico,—repuso,—estás en desgracia: se las ha llevado ese maldito Pablo.

—Entonces, déjalas; cogeré tu baston de bola. Hasta luego, Julian.

—¡Vaya, adios, qué te diviertas mucho!

Isidoro salió como un cohete por la calle Ancha de San Bernardo, siguió por la de Luna, y entró con la misma rapidez en la del Desengaño.

No eran más que las ocho y media. El reló de los amantes siempre adelanta.

¡Nada, ningún carruaje en la esquina de la Ballesta.... la duquesa no había llegado!

—¿Si no vendrá!—esclamó Isidoro.

Para hacer tiempo continuó hasta la Red de San Luis. Allí entró en una confitería á comprar pastillas de rosa.

Luego fué al café á tomar los fordos indicados por el amigo Julian.

Ahora con avisar al prestamista, vá él á su casa de usted, y se arregla el negocio con la mayor comodidad. Este progreso puede llamarse la *usura á domicilio*.

¿Quieren Vds decirme para qué sirven los porteros?

Todas las noches se representa en la Plaza de Isabel II una comedia cuyas escenas no tienen nada de morales.

Aludo á las que pasan en torno de la estatua de la *comedia*.

Ya que el censor no las prohíbe, convendría que una pareja reemplazase allí á otras parejas que, aunque también veteranas, no lo son del ejército.

El sarao y la soirée ha entusiasmado á los espectadores en los *Bufos*.

En vista del buen éxito, el Sr. Arderius se propone repetir lo menos treinta veces sus brillantes recepciones, de las que salen contentísimos todos los que tienen la fortuna de asistir á ellas, gracias á la amabilidad con que hace los honores de la casa... etc. (Estilo Grilo).

Dos jóvenes artesanos se retiran del obrador. Los dos llevan el pelo por encima de la oreja, la chaquetilla corta, y la gorra echada hácia delante.

—Pero has visto, hombre, ¿cuánta tabaquería?

—Es una peste.

—¿Y qué buenos cigarros! ¿No has comprado ninguno?

—Yo no: estoy aguardando á que vayan más baratos.

Como las uvas.

Los periódicos ingleses traen una noticia que me apresuro á reproducir.

Con motivo de la reciente muerte del montero mayor de la reina, se ha inmolado sobre la tumba de este funcionario á su caballo favorito.

Es una costumbre tradicional.

Ahora bien: si el caballo es el mejor amigo del hombre y se propaga la costumbre de inmolarse cuando aquel muere, sucederá que los parientes del que no tenga ca-

Cuando volvió al lugar de la cita vió desde lejos un coche y....

¡Imaginen Vds. lo que el infeliz experimentaria!

Se acercó temblando de felicidad, y... ¡primer desengaño, el carruaje era un coche simon!

—¡No es ella!—se dijo fríamente.

Y se detuvo.

Pero en el mismo instante le pareció que un pañuelo blanco le hacia señas por la ventanilla.

—¡Pues si es!... sino que habrá tenido la precaución de tomar un carruaje de alquiler para que no la conozcan.

Y corrió desatentado hácia el misterioso vehículo.

La portezuela se abrió, é Isidoro se acercó al estribo murmurando:

—¡Señora!....

—¡Pronto!—esclamó una voz apagada que salió del fondo del coche.

Isidoro subió, y antes de cerrar la portezuela dijo al cochero:

—Al Prado.

—¡Comprendidu... señoritu!—respondió el auriga en purísimo gallego.

Y el carruaje salió al paso, mientras que la convulsa mano de Isidoro echaba las cortinillas.

III.

Hubo un momento de supremo silencio.

El misterio de las tinieblas y de lo desconocido impone al hombre de más bigotes.

Cuando los ojos de Isidoro se acostumbraron á la poética media tinta que reinaba en el interior del simon, dirigió una mirada á su compañera, cuyo rostro desaparecía bajo el bordado velo de una mantilla de Almagro.

El estudiante reparó que el mirriñaque de su beldad era muy reducido, puesto que apenas ocupaba la mitad del asiento.

—Sin duda no le gustan los modernos ahuecadores!—pensó el alumno de Esculapio.

Federico de la Vega.

(Concluirá.)

ballo, pero si amigo, redactará las esquelas fúnebres de este modo:

«D. Fulano de Tal ha fallecido: su desconsolada familia ruega á Vd. que asista á la conduccion de sus restos, etc.»

Y la fórmula «se suplica el coche» será reemplazada por esta otra: «Se inmolará á Fulano, su amigo favorito.»

La Patti ha dado al público su último beso. Poco á poco, no se entusiasmen Vds., que esto no pasa de ser una cancion como otra cualquiera.

¿A que no saben Vds. cuáles son las aves que andan á caza de inocentes?

¡Toma!... las aves nocturnas.

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

Teatros.

Dejando al Sr. Balart el campo libre para emitir su juicio sobre las obras nuevas, digamos algo de la fisonomía que presentan nuestros afortunados y desdichados coliseos.

—Prepara en el teatro Real un concierto la flor de las pianistas, Teresa Carreño. Muy grande es el local para un piano, pero el mérito de la artista lo llenará todo.

Siguen en el Príncipe las representaciones de *La paz de la aldea*, proporcionando grandes entradas á la empresa, y se ensayan *Quiero y no puedo*, de Eguilaz, para la noche de Navidad, y *Oros, copas, espadas y bastos*, de Larra, para la tarde de idem.

Dios, y estas obras, le den felices Pascuas.

En Jovellanos se ha estrenado una comedia titulada *La cuerda templada*, que ha durado solo dos noches. Basta.

Los Bufos siguen su carrera triunfal. *El sarao y la soirée* ha venido á remachar el clavo. El imperio de Arderius se ha consolidado... por estas Pascuas. El cartel de los Bufos, que inserta gacetillas dando cuenta de lo que pasa en aquel teatro, dijo lo siguiente:

«Anoche se estrenó en este teatro *El sarao y la soirée*, y obtuvo un éxito de los mayores que registran los fastos teatrales. ¡Qué suerte tiene ese pillo de Arderius!»

Y todo es verdad en estas líneas.

El Circo, que sigue haciendo comedias para el Sr. de Colmenares, dispone *La pata de cabra*, donde Mariano Fernandez canta, baila y representa de lo lindo.

El teatro de Novedades tiene tambien su compañía de verso, y el café cantante de la Flor baja, hace piezas en un acto á gusto de los consumidores.

El Pabellon Nacional, al ver que los soldados franceses evacuan á Roma, esclama:

«¡Se vé y casi no se cree!»

No comprendemos este asombro de nuestro colega porque se cumpla lo ofrecido.

Para asombrarse era necesario haber dudado de la palabra de dos soberanos, y *El Pabellon Nacional* no es tan escéptico.

Un soldado que por su valor habia ascendido á teniente de caballería, fué presentado en una reunion.

—Señora, tengo el honor de presentar á Vd. á mi amigo el Sr. Gomez, teniente de coraceros, dijo el amigo que le presentaba á la dueña de la casa.

—¿De coraceros? ¿Entonces conocerá Vd. á mi hijo el capitán Marchena?

—Como que hemos estudiado juntos.

—¿En qué colegio?

—En la remonta, señora.

—¿Conque te hace el amor Miguelito? ¿Y tú le correspondeste?

—El mes que viene pienso desengañarle.

—¿Y por qué no ahora?

—Hija mia, estamos en la época de los aguinaldos.

—Compadre, sáqueme Vd. de una duda.

—Esplíquese Vd.

—¿Por qué en invierno siento tanto el frio en los piés que van abrigados, y no en la cara que va descubierta?

—Diré á Vd. Como la temperatura baja en este tiempo, es natural que alcance á los piés antes que á la cara.

La Regeneracion llama *escribidor* á Napoleon III.

¡Qué manera de tratar á los autores!

Durante su estancia en París, el principe de Gales, que ha permanecido incógnito, solo ha ido á un teatro, al *Palais-Royal*, para ver *La vida parisiense*, una comedia donde salen las mujeres casi desnudas.

¡Tambien es curiosidad!

Ya habrá llegado á Barcelona un anticuario veneciano que viene á España en busca de una coleccion de monedas antiguas.

¡Ah, quizá sean las únicas, y el cruel piensa llevarselas!

Muy divertida anda la gente en Cádiz con la visita del monitor norte-americano *Miantonomok*.

En todo puerto de mar causa siempre efecto la llegada de un buen buque extranjero.

He visto en *Los Sucesos* un dibujo que lleva por título: *Escenas de Londres*.

Representa varias damas y caballeros paseando á pié, en coche y á caballo.

Y no he podido menos de exclamar:

—Estas cosas no se ven más que en Londres.

Con tan fausto motivo me veo obligado á encarecer la importancia de los periódicos ilustrados.

Lo que no se alcanza á expresar con la pluma, se expresa con el lápiz.

Estos dias ha muerto un aficionado muy inteligente en toros.

Hé aquí la anécdota que circula por ahí y que hace honor al genio festivo de su autor.

Ya enfermo y casi moribundo nuestro aficionado, no hacia mas que entrar y salir de la alcoba á la butaca del gabinete.

Su esposa le dijo:

—Estate quieto, hombre, que te pones peor con tanto entrar y salir.

Y el respondió:

—¡Cal!... Mira tú, Marqueti está tan gordo y tan sano y toda la vida le he conocido de *entra y sal*.

(Así se llama á los picadores de reserva.)

El fin de la filosofía.

—Soy la sombra de un alma enamorada,
de un alma enamorada y dolorida,
soy la sombra de un bien que es humo, nada,
de un sér, de una esperanza ya perdida.
Bien, esperanza y sér,—dicha soñada—
que un día fueron cuando fué mi vida...
¡Ay! si existo ó no existo yo no sé...
—Señorita, el almuerzo espera á usted.

Por *El Español* sabemos que los emigrados españoles publican en el extranjero un periódico autógrafa titulado *La Correspondencia peninsular*.

Andan ya por esas calles
los pavos entre la gente,
y van diciendo: ¡gro, grou!
que es como decir: ¡comedme!

Acabo de leer en un album estos versos:

Amor por quien delirio
y por quien soy capaz si me desdena
de pegarme un buen tiro.

No por desdenes de una ingrata, sino por haber escrito estos versos, merecia su autor el *buen tiro*.

Ayuntamiento de Madrid

La siguiente anécdota me la contó un amigo que estudió con los jesuitas:

Estábamos un dia en clase, me dijo, cuando el P. Alberto preguntó:

—Hijos míos, ¿cuál de vosotros es capaz de citarme las palabras de la Biblia que prohíben al hombre tener dos mujeres?

Uno de mis compañeros respondió muy orgulloso.

—Yo, padre.

—Habla, hijo.

Y mi condiscípulo citó estas palabras de Jesucristo:

—Ningun hombre puede servir á dos amos á la vez.

El P. Alberto se quedó estupefacto.

Es cosa decidida que en España se come ya la carne de caballo.

—¡Magnífico animal!... ¿Cuánto quiere Vd. por ese caballo?

—¿Es para montarlo?

—No, para comérmelo.

—¡Valiente brutal!

—¿Lo dice Vd. por mí?

—No señor, por el caballo.

Así un pobre tonto hablaba

á Inés:—Mi amor es sincero;

y ella, que le despreciaba,

resuelta le contestaba:

—Diga Vd. mejor con *cero*. —E. J. LADEVESE.

PASATIEMPO.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

ANUNCIOS

PILDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

En poco tiempo nuestras pildoras son apreciadas en España y Ultramar, como lo acreditan los testimonios que diariamente recibimos. Con su uso desaparecen las jaquecas, los dolores de cabeza, las afecciones de corazón, la clorosis, las malas digestiones, la bilis, obstrucciones, las lombrices, las flemas, los humores, etc. Dan apetito y vigor, Hortalaza, 9.

FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO

meditaciones de filosofía ecléctica sobre la felicidad y la desgracia conyugal.

POR

H. BALZAC.

Traducido al castellano.

Un elegante volumen de 500 páginas, á 14 reales en toda España.

Los pedidos al editor, DURAN, Carrera de San Gerónimo, 2.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABA, 27.